

Para divertir la velada del Rey Kheops sus hijos se reúnen en torno a él al atardecer en una gran sala bajo la luz de tenues antorchas. Cada uno por turno le va contando un cuento que narra las hazañas de algún gran mago, intentando impresionar a su padre más que su anterior hermano. Le corresponde hablar al príncipe Khefrén y entre la expectación de todos se levanta parsimoniosamente para brindar la siguiente historia.

«Hace mucho tiempo el viejo Mago y Gran Sacerdote Woba-Yóner había ido a visitar al Rey Nebka al Templo de Ptah en Menfis. Mientras tanto, la joven mujer del sacerdote, que en secreto se había enamorado perdidamente de un apuesto lugareño de la villa desde la primera vez que lo vió, había enviado a su fiel sirvienta en busca del joven para regalarle la ropa con la que quería que él asistiera a un encuentro con ella. Éste aceptó encantado y se dirigió al lugar de la cita, una pequeña cabaña de estancia junto al lago que tenía Woba-Yóner y que previamente la mujer había ordenado preparar para pasar allí unos días. Cuando los citados furtivos se encuentran tiene lugar junto al lago una primera escena amorosa que en poco tiempo da paso a un apasionado idilio de amor, ya que el joven confiesa a la mujer que la amaba en secreto desde hacía mucho tiempo, pero no se había atrevido a confiarle sus sentimientos por temor al poder y la ira de Woba-Yóner. Pasaron allí el resto del día y al caer la tarde el joven se bañó en el lago. La noche sorprendió a los amantes en la cabaña. Pero quiso el destino que el fiel servidor de Woba-Yóner fuera testigo de la traición de la mujer de su señor y, apesadumbrado, al día siguiente partió hacia palacio para relatar al mago lo que había presenciado. Consternado y entristecido, Woba-Yóner escucha de labios de su servidor el vibrante relato de todo lo sucedido y tras agradecer su lealtad ruega que le alcance un misterioso cofre de oro y ébano. Convencido de que la inexperiencia de su joven mujer se ha visto vencida y engañada por los hábiles manejos del lugareño, Woba-Yóner se retira a sus aposentos concentrado en la terrible venganza que ha concebido para castigar a su rival.

.....

En la soledad de su laboratorio extrae un puñado de cera del interior del misterioso cofre. Luchando por mantener la serenidad para poder realizar el ceremonial correctamente en tan difícil trance comienza a convocar a los elementos. Los seres de la naturaleza acuden a la llamada de su señor y vertiginosamente comienzan a labrar los vórtices desde los que extraerá la vida el mago mientras éste va modelando lentamente con la cera oscura la figura de un pequeño reptil de agudos colmillos y aspecto espantoso. Los seres elementales danzan frenéticos a su alrededor lanzando fulgores indescriptibles, tronando bramidos aterradoros, pero Woba-Yóner permanecía ajeno al ritual mientras sentía su ser quebrarse por dentro, mientras recordaba la ternura con que adoraba a su mujer y los momentos felices que juntos habían vivido. Atormentado, una y otra vez se preguntaba cómo había podido suceder algo así. La tristeza estaba a punto de hacer zozobrar su ánimo cuando la traición que había sufrido volvió a su mente. Resurgiendo de sus cenizas, profirió con gran voz unas palabras mágicas y reuniendo toda la

fuerza convocada en el círculo maravilloso, proyectó con sus manos sobre la figura del reptil de cera la sombra de un cocodrilo monstruoso de unos cuatro metros de largo y mirada profunda y tenebrosa, y le ordenó: “apodérate de todo el que entre en mi lago”»

Khefrén repetía simultáneamente el gesto de Woba-Yóner con sus manos y un grito escapó de todos los corazones en la sala al percibir con terror la fantástica imagen proyectada por las palabras del Príncipe cuando relataba magistralmente este impresionante cuadro. En ese instante el príncipe concluyó la escena diciendo:

«Y saliendo al encuentro de su leal servidor le entregó el conjurado cocodrilo de cera envuelto en un paño negro diciéndole: “Vuelve a la cabaña del lago y, cuando el lugareño se sumerja para bañarse, arroja este cocodrilo en pos de él”. Y el servidor partió con el envío mortal.

Poco podían imaginar los amantes en la cabaña que el destino había sido anudado con sogas indestructibles. Los días de amor y placer que disfrutaban allí se habían convertido en presagio de un futuro funesto que nadie podía predecir. Al anochecer el amante bajó al lago como acostumbraba. Iba absorto en sus sentimientos de dicha y antes de sumergirse en su baño su último pensamiento fue para su amada, que descansaba en la cabaña. Al entrar el joven en el agua, el servidor de Woba-Yóner, que lo acechaba, arrojó al lago el cocodrilo de cera tal como su señor había dispuesto. Entonces, poco a poco, a cada brazada del joven amante, la figura de cera fue creciendo, comenzó a coletear y cada vez más pesadamente iba sumergiéndose hacia el lecho del lago. En el preciso instante en que el joven creyó haber visto algo extraño moverse cerca de la otra orilla, el cocodrilo, completamente desarrollado, divisó al muchacho. Inmediatamente comenzó a avanzar hacia su víctima, más rápido a cada momento, asomando amenazadoramente ya parte de su cuerpo. Cuando el amante lo vió, quedó totalmente paralizado por el pánico. El monstruo entonces abrió sus enormes fauces y se abalanzó sobre él sin que pudiera siquiera gritar, engulléndolo en un solo gesto. Dando un fantástico salto en el aire giró sobre su lomo y dirigiendo el hocico hacia el lago se sumergió en las aguas con gran estruendo, desapareciendo en otro mundo cuyo acceso se abrió al contacto del gigantesco cuerpo del animal. Desde el lugar donde habían desaparecido el muchacho y el monstruo durante unos instantes borbotaron burbujas para después extinguirse en forma de ondas que fueron a morir lentamente hacia la orilla.

.....

Al ver que su amante tardaba en regresar, la mujer salió a buscarlo al lago. Lo llamó pero no acudió nadie. Lo buscó desesperadamente por los alrededores y en la lejanía, del mismo modo en que al principio de los tiempos Isis buscó desesperadamente a Osiris. Según pasaban las horas, la sospecha de que su amante la había abandonado iba creciendo en su pecho devorándole las entrañas. La duda era cada vez más corva y acerada y la mujer empezó a creer que el joven la había enga-

ñado y que en realidad no la amaba. Sufrió al sentir su amor no correspondido y traicionado.

Habían pasado ya siete días desde que el lugareño había desaparecido sin dejar rastro. Durante ese tiempo Woba-Yóner había permanecido con el Rey Nebka en palacio. El mago estaba seguro de que a su vuelta ya no tendría rival que compitiera con él por el amor de su mujer y se sentía muy satisfecho con el difícil y espectacular trabajo mágico que había realizado con el cocodrilo. Estaba seguro de que el monstruo tendría atrapado al joven en el otro mundo al que había ido y que ello sería un prodigio digno de mostrar a la Majestad del Rey Nebka para que fuera éste testigo de su ciencia. Así pues, invitó al Rey a acompañarle hasta su lago con el fin de mostrarle el milagro que había obrado. El Rey accedió y partieron de inmediato. Al llegar a su destino Woba-Yóner se detuvo ante el lago y profiriendo unas voces incomprensibles y sonoras hizo aparecer al cocodrilo, que surgiendo sobre el agua atemorizó a la guardia real y al propio Nebka haciéndolos retroceder, pues no se esperaban ver semejante enorme criatura. El mago ordenó al cocodrilo: “¡Tráeme al lugareño!”, y el cocodrilo fue y lo trajo extrayéndolo ante los atónitos ojos de los presentes, pues, a pesar de los días que había estado bajo el agua, aún respiraba. El Rey preguntó si no sería peligroso estar cerca de una fiera así y Woba-Yóner, sin mediar palabra, se metió en el agua, agarró al cocodrilo y lo convirtió de nuevo en su mano en una figura de cera, para la tranquilidad de todos. Entonces Woba-Yóner, presa de su propio orgullo, hizo algo imprevisto: contó al Rey lo que había pasado en su cabaña con el lugareño y su mujer. Contó también al rey cómo amaba él mismo a su mujer más que a su vida y cómo él creía que el lugareño había intentado arrebatarla con engaños mientras estaba lejos de su casa, al servicio de Nebka. Estaba seguro de que el Rey premiaría su sentido de justicia, su sabiduría, y alabaría el prodigio que había realizado con el lugareño, al cual el Rey, sin duda, mandaría ejecutar.

Efectivamente, tras reflexionar unos segundos Nebka, a quien como rey correspondía dictaminar las sentencias, dijo al cocodrilo: “Llévate lo que es tuyo”, y recuperando su tamaño el monstruo tomó entre sus fauces al joven y bajo ellos se abrió en el lago el acceso a otro mundo a cuyas profundidades descendieron sin que desde entonces jamás haya vuelto a saberse de ellos. La sentencia de Nebka satisfizo visiblemente a Woba-Yóner quien ya se dirigía a agradecer la justicia al Rey cuando éste continuó diciendo: “Y ordeno que la mujer adúltera sea quemada viva para que su alma no tenga reposo jamás y que sus cenizas sean dispersadas por el río”. Woba-Yóner se quedó petrificado. El horror de la sentencia del Rey retumbaba en su alma sin parar en una espiral eterna. No se había dado cuenta de que, en su alarde, al acusar al lugareño había entregado a su propia mujer en manos de la justicia. La desesperación lo consumía. Sabía que la sentencia del Rey era irrevocable y que él, como sacerdote principal, no podía pedir clemencia para el reo.

Rápidamente, los guardias reales fueron en busca de la mujer de Woba-Yóner. Cuando la apresaron le informaron de que iba a ser conducida al

sector norte de palacio para ser quemada en la hoguera y que, por orden del Rey, su amante había sido raptado y ahogado por un monstruo. Camino de la hoguera, en lugar de gritar y suplicar, la joven mujer sonreía tristemente aceptando su destino, pues ahora tenía la certeza de que el muchacho nunca la abandonó y que la amaba de verdad. Woba-Yóner seguía a la comitiva horrorizado y angustiado por no poder hacer nada mientras veía cómo, por su causa, conducían a la muerte a la mujer que amaba. Al llegar al patio norte de palacio ataron a la joven al tronco central, donde permanecería hasta que la sentencia se hubiera consumado. Inmediatamente prendieron los ramajes y comenzó a crepitar el fuego. La ejecución era lenta. Mientras estaba en el cadalso, recuperada la fé por el joven cuya pasión la había conducido a la muerte, sentía en ella renovarse su fuego interno, más abrasador que las llamaradas de la hoguera en las que su cuerpo se consumía. Deseó poder estar con su amante en el Más Allá. En medio de su tormento, comenzó a vislumbrar el rostro de Hathor, la Diosa Dorada, como un presagio. Su devoción por Ella hizo que su amor se idealizase e imaginase que, a través de una música celestial que escuchaba en su trance, la Diosa le prometía que los amantes estarían siempre juntos.

Impotente, arrepentido, viendo a su dulce amada consumirse sobre el fuego por culpa de su orgullo, sin poder evitarlo, Woba-Yóner se siente morir de dolor. Mientras su mujer, en su delirio, va poco a poco perdiendo contacto con la realidad, Woba-Yóner ruega a todos los dioses que la protejan y tengan misericordia de ella. Con la mirada fija en los ojos de su mujer, el ánimo abatido, hundido, el sacerdote le suplica su perdón. En silencio, rompe en llanto desconsolado diciéndole mentalmente que la quiere.

Sobre la hoguera el aire se hace cada vez más irrespirable y la mujer presiente que el final se acerca. Una nube de humo denso agota sus pulmones. Se asfixia. Angustiada y fuera de sí, en el preciso instante del momento trascendente tiene una visión extática del Amor supremo. Y mientras su alma toma la mano que le tiende la bellísima Hathor, la Diosa finalmente libera a la joven de los lazos con este mundo.

Atado sobre el poste, su cuerpo sin vida se desliza lentamente hasta yacer inerte desapareciendo entre las llamas... ante Woba-Yóner, perdida la razón, los ojos vidriados de lágrimas y la mirada perdida en el desolador infinito...»

Afectado profundamente él y sus hijos por el maravilloso y terrible relato del Príncipe Khefrén, Kheops levantó inmediatamente el ánimo de su familia mostrando cuánto le había agradado la historia y dijo: "¡Que, según el rito, ofrenden al Rey Nebka mil panes, cien jarros de cerveza, un buey y dos medidas de incienso! ¡Y para el Supremo Sacerdote Lector Woba-Yóner que ofrenden una torta, un jarro de cerveza, un gran trozo de carne y una medida de incienso, pues he visto ejemplo de su conocimiento!"

Y se hizo conforme a todo lo que Su Majestad había ordenado.

Índice temático de la obra

La sala de Kheops:

Relato de Khefrén:

Ante el Rey Nebka:

(etc...);

El deseo / la traición:

El placer efímero:

El destino:

El amor junto al lago:

Pasión del amante:

El idilio:

El cocodrilo:

Recuerdos de amor de Woba-Yóner:

Búsqueda del amante:

Idealización del Amor:

Poema Sinfónico

«Cuentos sobre los Magos de Egipto: I.- Woba-Yóner»

Op. 34

(Versión para Dos Pianos)

Por Agustín Barahona

Texto del Poema Sinfónico